

El régimen extractivista y el sistema agroalimentario español¹

DANIEL LÓPEZ GARCÍA

Los alimentos baratos resultan clave para sostener las economías terciarizadas y financiarizadas como la española, y han sido señalados –junto con la energía, los recursos minerales y la fuerza de trabajo– como uno de los “cuatro baratos” que sostienen los procesos de acumulación capitalista.² Más allá de las mejoras en la eficiencia técnica y organizativa, estos “cuatro baratos” se mantienen baratos porque el capitalismo los incorpora al mercado sin pagar la mayor parte de sus costes sociales y ecológicos. Comida barata significa más degradación social y ecológica en el mundo rural, y peor alimentación para toda la sociedad. El régimen extractivista aplicado al sistema agroalimentario está detrás de los principales límites planetarios en riesgo de estar sobrepasados, como son el sistema de agua dulce, los recursos minerales, los ciclos biogeoquímicos de nitrógeno y fósforo, vitales en la agricultura, o la biodiversidad.³

Las dinámicas de degradación socioecológica vinculadas al extractivismo agrario no se pueden entender sin los procesos asociados de concentración en los distintos eslabones de la cadena alimentaria.⁴ La modernización agroalimentaria ha presionado históricamente al campesinado y al tejido de la agricultura familiar, a través del sistema global de precios, hacia una mayor intensificación. Los costes crecientes de los insumos y los precios decrecientes de los productos en origen han presionado a dejar la actividad o a incrementar la explotación de los recursos

¹ El presente texto está parcialmente basado en fragmentos de un artículo previo del mismo autor: Daniel López García, «Transición ecosocial y mundo agrario. Brechas, puentes y horizontes comunes», *Pensamiento al margen*, núm. 18, 2023, pp. 112-132.

² Jason W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, Madrid, 2018.

³ Katherine Richardson, Will Steffen, Wolfgang Lucht, et al., «Earth beyond six of nine planetary boundaries», *Science Advances*, núm. 9, 2023, pp. 37.

⁴ Jennifer Clapp, «Concentration and crises: exploring the deep roots of vulnerability in the global industrial food system», *The Journal of Peasant Studies*, núm. 50(1), 2023, pp. 1-25.

naturales y de la fuerza de trabajo propia y ajena, en un marco de mercados globalizados.⁵ Las explotaciones de tamaño más pequeño y con menor capacidad inversora, a menudo las más ligadas al territorio y a un manejo más eficiente de los recursos locales, son cada vez más escasas. La consiguiente concentración agraria en explotaciones cada vez mayores y más desligadas del territorio alumbró un sistema agroalimentario globalizado y mucho más vulnerable, tal y como estamos viendo en los últimos años.

El “milagro” de la comida barata, dentro de los paradigmas del extractivismo y la concentración, está protegido y reproducido por un fuerte y complejo entramado económico, cultural, político y legal, que ha sido denominado el Régimen Alimentario Corporativo.⁶ Con el Acuerdo de Agricultura de la Organización Mundial del Comercio de 1994 la mercantilización de la alimentación adquirió carácter legal. Las crisis recientes, como la financiera de 2008 o la más reciente policrisis (COVID, guerra en Ucrania y cambio climático) se han resuelto en consonancia, con un reajuste de los presupuestos públicos, las políticas y las normativas orientadas a reforzar los procesos de acumulación de capital por parte de las grandes corporaciones. En la cadena agroalimentaria las sucesivas crisis alimentarias se saldan con nuevos reajustes que expulsan a los operadores más pequeños, al más puro estilo de la «doctrina del *shock*». Reajustes que refuerzan los modelos más intensivos y nocivos –extractivistas– en lo socioecológico. En las siguientes líneas analizaré algunas de las principales tensiones que surgen en este despliegue.

El trabajo y el valor se desplazan en la cadena alimentaria

La población activa agraria española ha pasado de ser un 50% del total en 1945 al 3,8% en 2022. Desde 1975 se han perdido cerca de 1,8 millones de ocupados en el sector agrario. La media de edad del sector agrario se situaba en 2020 en 61,4 años, con un 41,3% de los titulares de explotación por encima de los 65 años. 3.100.000 personas trasladaron su residencia de entornos rurales a urbanos en la década de 1960. Con el tránsito desde las formas campesinas hacia la agricultura familiar, y más tarde hacia la agricultura empresarial, la agricultura industrial permitió un gran abaratamiento de la comida para las incipientes

⁵ Gloria I. Guzmán, David Soto Fernández, Eduardo Aguilera, Juan Infante-Amate y Manuel González de Molina, «The close relationship between biophysical degradation, ecosystem services and family farms decline in Spanish agriculture (1992–2017)», *Ecosystem Services*, núm. 56, 2022, pp. 101456.

⁶ Philip McMichael, *Regímenes alimentarios y cuestiones agrarias*, Icaria, Barcelona, 2016.

poblaciones urbanas, pero vació de gente los pueblos y degradó los ecosistemas. La actividad agraria solo emplea hoy al 4,5% de la población ocupada española, aunque supone una proporción mucho mayor del empleo rural directo (17,3%), y mucho mayor en cuanto a empleo indirecto especialmente en las comarcas más despobladas. A su vez, con el paso de modelos de agricultura familiar a agricultura empresarial la agricultura se desvincula del territorio y ha pasado a basarse en empleo por cuenta ajena, mayormente desempeñado por población extranjera.⁷

Son la agroindustria, y especialmente la distribución minorista (grandes superficies), quienes se han llevado el valor añadido y han ganado en empleo (precario). En 2016 los servicios (incluyendo servicios a la producción y al consumo) concentraban el 51% del empleo en el sistema agroalimentario.⁸ No en vano, son sectores fuertes de la economía: Mercadona fue la primera empresa española en facturación en 2020 y 2021, y las cinco principales empresas de distribución alimentaria detallista concentran cerca del 60% del mercado español. En el caso de la industria alimentaria, representa el 2,34 % del VAB nacional y el 14,91 % del conjunto de la industria española. La modernización agroalimentaria concentra empleo (precario) y valor en las fases finales de la cadena, las más concentradas. Mientras tanto, el régimen de comida barata acumula degradación social y ecológica en las fases primarias (ubicadas en el medio rural) de la cadena, a través de prácticas extractivistas.

La agricultura industrial permitió un gran abaratamiento de la comida para las poblaciones urbanas, pero vació de gente los pueblos y degradó los ecosistemas

Trabajo, mujeres, migrantes y agricultura familiar

Tras la Guerra Civil se multiplicó la desigualdad en el medio rural. Fueron las familias con menos tierras –que a menudo coincidieron con las perdedoras en la guerra– las primeras que emigraron. Después fueron las mujeres, y más tarde el campo se vació de jóvenes en general. El paso a la agricultura comercial y mecanizada supuso un salto cualitativo en la subordinación de la mujer en las comunidades rurales, ya que en general no se les permitió subir al tractor. Las

⁷ Fernando Molinero y Milagros Alario, *Una mirada geográfica a la España rural*, Revives, Madrid, 2022.

⁸ Noelia Parajuá, «Transformations in agriculture, stockbreeding, forestry and fishing within the Spanish agri-food system (1980-2016)», *Historia Agraria*, núm. 88, 2022, pp. 253-283.

mujeres que se quedaron en los pueblos se convirtieron en lo que Camarero denomina la «generación soporte»,⁹ base del modelo extractivista. Son mujeres de mediana edad que cuidan de sus mayores (y los de sus maridos) y de su descendencia, a través de una “triple jornada” laboral: como trabajo invisible y no remunerado en la explotación agraria familiar, como trabajo invisible y no remunerado en el trabajo doméstico y de cuidados, y como trabajo precario remunerado en el sector servicios rural, a menudo vinculado a los cuidados. Las personas jóvenes también encuentran numerosas dificultades para desarrollar su proyecto vital en el medio rural.

El empleo agrario por cuenta ajena hoy lo cubre la fuerza de trabajo extranjera, a menudo itinerante, con condiciones laborales y de vida profundamente precarias. Los niños y niñas que hoy salvan del cierre a los Centros Rurales Agrupados –las escuelas de las comarcas con menor densidad de población– son en muchos casos descendientes de personas extranjeras migrantes. Alrededor de 200.000 peones agrícolas eran extranjeros en 2020, un 26% del total del empleo agrario español. El modelo de contingentes de contratación en origen de trabajadores/as

La presión que el sistema agroalimentario global ejerce sobre la agricultura familiar es transmitida a la fuerza de trabajo extranjera, el eslabón más débil

extranjeros/as para campañas temporales, que al final de la campaña son devueltos a sus países de origen, supera los 60.000 contratos anuales. El convenio regulador de las condiciones laborales en el sector muestra salarios mínimos muy cercanos al Salario Mínimo Interprofesional. La regulación laboral tiene una orientación de excepcionalidad que reconoce y a la vez reproduce la elevada

precariedad del sector. Si consideramos la combinación entre los caracteres excepcionales de las regulaciones laboral agraria y de extranjería obtenemos un cóctel explosivo de precariedad y vulnerabilidad. Por último, una gran parte del trabajo por cuenta ajena (al menos 20.000 empleos anuales), tanto fijo como temporal, se da aun en condiciones de irregularidad y, por tanto, de una gran indefensión de las personas trabajadoras.

El régimen de indefensión por parte de las personas trabajadoras –que penetra la propia legislación laboral y de extranjería, y permea al resto de las instituciones– rodea a las comunidades de personas trabajadoras de un ambiente de terror que

⁹ Luis Camarero (coord.), *La población rural de España. de los desequilibrios a la sostenibilidad social*, Fundación La Caixa, Barcelona, 2009.

se conecta con la denominada “necropolítica” del trabajo. En la práctica, la presión que el sistema agroalimentario global ejerce sobre la agricultura familiar es transmitida a la fuerza de trabajo extranjera, el único eslabón aún más débil en la cadena alimentaria. El conflicto en torno al reparto de márgenes y riqueza en la cadena agroalimentaria se contiene, así, en esta guerra entre pobres. El modelo extractivista de economías de enclave (los “milagros” de Almería, Huelva o Murcia) genera comida de baja calidad y malas condiciones de vida para la población local. Pero también, como veremos, una importante degradación ambiental.

Energía y alimentación en competencia

El sistema agroalimentario global es responsable de un tercio de las emisiones globales de Gases de Efecto Invernadero (GEI). Las principales emisiones se relacionan con la ganadería industrial (intensiva) y los cambios de uso del suelo para alimentar a la ganadería industrial. Tan solo un 30% de los alimentos producidos a nivel global se destinan a alimentación humana directa. En muchos casos, los productos vegetales de producción industrial requieren más calorías para su producción que las que aportan como alimentos. Si añadimos el ciclo de vida completo, la distribución y el procesado nos llevan a hablar desde hace décadas de “petroalimentos”. La dependencia del petróleo hace que los alimentos industriales y globalizados sean, además de insostenibles, cada vez más caros.

Existe una presión creciente sobre el suelo derivada de las dietas basadas en proteína animal (y las necesidades de alimentación del ganado). Sin embargo, en territorios como el español, la presión sobre el suelo se redobla con la expansión de las grandes instalaciones de energías renovables (especialmente la solar). A pesar de que las instalaciones de renovables se están implantando en terrenos agrarios periféricos, de secano, y poco productivos, no se pueden intercambiar en general los usos agrarios del suelo por los de generación eléctrica, ya que ambos son necesarios y la sustentabilidad agraria tiene un elevado requerimiento de espacio.¹⁰ Solo desde una visión integral de las transiciones energética y alimentaria podremos desarrollarlas de forma armónica y combinada. Estas dos transiciones se deben articular, a su vez, junto con el resto de transiciones necesarias: en los cuidados, la ordenación territorial, la movilidad, etc.

¹⁰ Gloria I. Guzmán, Manuel González de Molina y Antonio M. Alonso, «The land cost of agrarian sustainability. An assessment», *Land Use Policy*, núm. 28(4), 2011, pp. 825-835.

Agua, tierra y aire

La agenda intensificadora se expresa en diversos mantras –innovación, eficiencia, crecimiento– de los que derivan políticas concretas con un fuerte carácter extractivista, como las de modernización de regadíos. La superficie de regadío se ha elevado en el territorio español un 15,6% entre 2004 y 2021, mientras que la superficie agraria total se ha mantenido más o menos constante. Desde principios del siglo XXI, el Estado viene gastando 150 millones de euros

El consumo total de agua en el sector agrario, que supone el 85% del consumo total de agua, es cada año mayor

al año en la mejora de la eficiencia en los regadíos, si bien el consumo total de agua en el sector agrario (que supone el 85% del consumo total de agua) es cada año mayor. Y esto sin contabilizar el consumo del más de medio millón de pozos ilegales estimados por algunas entidades. Sin

embargo, aunque el regadío apenas representa el 22,6% de la superficie agraria cultivada, en ella se obtiene el 65% del valor de la producción final agraria, unos 65.000 millones de euros. La agricultura española está especializada en exportar agua con minerales en forma de frutas frescas de bajo coste para supermercados europeos. Desde hace poco también exporta agua y minerales en forma de aceite de oliva de regadío.

El continuo incremento de la producción en regadío ha generado un hundimiento en los precios en origen de un gran número de productos agrarios y una gran pérdida de empleo y explotaciones agrarias. Sin embargo, también genera importantes rentas en forrajes subvencionados por la UE —maíz, alfalfa—, fáciles de cultivar como segunda actividad. Y genera un importante incremento de la rentabilidad en explotaciones de gran escala, altamente tecnificadas y mecanizadas, especialmente en cultivos históricos de secano en climas mediterráneos, como el olivo, el almendro o el pistacho; o en cultivos subtropicales altamente demandantes de agua, como el aguacate. Es por ello que algunas formas de agricultura son cada vez más interesantes para fondos de inversión y grandes capitales, al tiempo que la agricultura familiar mengua, incapaz de emprender las inversiones necesarias. El apoyo público a modelos productivos intensivos en tecnología y capital puede comportar pérdidas de control, empleo y autonomía, y mayor endeudamiento para el sector de la agricultura familiar. La mejora efectiva de la sostenibilidad social y ecológica de los modelos de agricultura digital —como la denominada “agricultura

climáticamente inteligente”— está aún por demostrar, y en todo caso está en entredicho (HLPE 2019).¹¹

A su vez, se pueden establecer relaciones directas entre la extracción y producción de otras materias primas de uso agrario —sobre todo nitrógeno, fósforo y potasio— y determinadas tensiones geoestratégicas actuales. La invasión de Ucrania por parte de Rusia —principal productora mundial de fertilizantes nitrogenados y de potasa— ha generado un importante ascenso de los costes de producción agrícola, y perturbaciones en los precios globales de los alimentos. Los mayores yacimientos de fosfatos del mundo se encuentran en el Sahara Occidental, lo que podría explicar el interés de EEUU en la zona. El modelo de agricultura dependiente de insumos químicos y minerales es profundamente nocivo en los lugares de extracción, pero a su vez los fertilizantes contaminan suelos, acuíferos y aire en las zonas de cultivo.

La ganadería industrial y las zonas menos pobladas

Algunas de las actividades más nocivas del actual sistema agroalimentario buscan los espacios menos poblados, donde sus impactos sean menos visibles y la población acepte casi cualquier actividad que genere empleo. Es el caso ya comentado de las grandes instalaciones de energías renovables. Sin embargo, también encontramos buenos ejemplos en el sistema agroalimentario.

La ganadería industrial —las denominadas “macrogranjas”— se ha convertido en un caso paradigmático de extractivismo global. El modelo es capaz de generar grandes beneficios a partir de aplicar una lógica industrial a la producción de alimentos de escasa calidad y reducido valor de mercado, productos avícolas y carne de cerdo. Para ello requiere de grandes cantidades de agua y de pienso (soja y maíz, principalmente) producido a bajo coste en grandes monocultivos en EEUU, el Amazonas o la Pampa, y lugares de escasa densidad de población, ya que los excrementos contaminan suelos y acuíferos y hacen el aire irrespirable. La capacidad de generar empleo estable y actividad económica en el medio rural se ha reducido con la ganadería industrial al internacionalizarse y mercantilizarse la ca-

¹¹ HLPE, *Agroecological and other innovative approaches for sustainable agriculture and food systems that enhance food security and nutrition. A report by the High-Level Panel of Experts on Food Security and Nutrition of the Committee on World Food Security*, FAO, World Committee on Food Security, Roma, 2019.

dena alimentaria, reduciendo el valor de los reempleos (productos agrarios que actúan como materia prima en la propia cadena agroalimentaria local) e incrementando las importaciones.¹²

Se han sustituido las producciones tradicionalmente adaptadas a los ecosistemas mediterráneos semiáridos —la ganadería extensiva de pequeños rumiantes: cabras y ovejas—, que valorizaban recursos no aprovechables por las comunidades humanas —los pastos—, por una ganadería desacoplada del territorio y basada

La ganadería extensiva es cada vez más incapaz de competir con los precios de los productos de ganadería industrial

en el extractivismo. La ganadería extensiva es cada vez más incapaz de competir con los precios de los productos de ganadería industrial y de sobrevivir en el marco de concentración de la industria del procesado y las ventas de carne. A su vez, las políticas públicas favorecen modelos industriales. De esta

forma las zonas de montaña pierden una de sus principales actividades económicas históricas, y sus vulnerables ecosistemas se degradan por la matorralización y el fuego. La sustitución de sistemas agrarios ligados a los flujos locales por otros lineales y globales genera degradación ecológica y vulnerabilidad social.

Conclusiones

El sistema alimentario global presiona hacia el crecimiento en la escala y la homogeneización de la producción. Las políticas y ayudas públicas profundizan en esta dinámica, siendo la presión hacia la digitalización un vector de gran fuerza hacia la tecnologización, concentración y financiarización de las producciones. De esta forma se fuerza la profundización en el carácter extractivista del sistema agroalimentario, que parasita así recursos naturales y sociales para mantener el régimen de comida barata. Las transformaciones en las formas de producción y en las estructuras de costes, márgenes y precios de los alimentos fuerzan a la agricultura familiar a crecer e intensificar, o abandonar. De esta forma la mayor parte del territorio rural se sigue abandonando, y queda disponible para nuevas rondas de apropiación extractivista de los recursos naturales por parte de actores económicos de cada vez mayor tamaño y más desligados de los territorios.

¹² Noelia Parajuá, *op. cit.*

Sin embargo, en los últimos años asistimos a la emergencia de diversos actores colectivos que abogan por proyectos alternativos de ruralidad. Los movimientos rurales más visibles se construyen en torno al rechazo del papel del medio rural como escenario de actividades económicas nocivas en lo social y en lo ecológico para dar servicios a los territorios urbanos. Me refiero a las plataformas de “España Vacía”, contra las macrocentrales de energías renovables, contra la renovada actividad minera a cielo abierto, o contra las macrogranjas. Todas ellas denuncian los impactos del capitalismo extractivista sobre territorios afectados por fenómenos de despoblación, y que no han sido capaces de poner en valor su territorio, por ejemplo, para la actividad agraria, el turismo rural o las segundas residencias.¹³ Construyen agencias políticas integradoras de la diversidad de perfiles existentes en el medio rural —incluyendo perfiles agrarios— en torno a relatos y propuestas no centradas en la economía monetaria o el empleo. Todas ellas ponen el foco en la calidad de vida en el territorio rural y en la posibilidad de desarrollar en el mundo rural vidas que merezcan ser vividas.

Desde estas plataformas se reconoce que la salida de la secular crisis rural pasa por proyectos de sostenibilidad ecológica y local en los territorios. Hoy sabemos que es posible alimentar al mundo a través de la agroecología¹⁴ pero, sobre todo, que no podemos seguir alimentándonos con modelos agroalimentarios nocivos en lo social y lo ecológico. Sin embargo, la alimentación y el medio rural resultan actualmente periféricos en los debates ecologistas, más centrados en los problemas relacionados con la generación y el consumo de energía exosomática. La alimentación y el medio rural se ubican en muchas narrativas ambientalistas en forma de pasados nostálgicos (campesinos) o futuros utópicos. Las utopías oscilan entre una ruralidad comunitaria e idílica y un futuro tecnooptimista de carnes sintéticas, proteínas alternativas, huertos verticales y renaturalización. Ambas utopías imaginan un medio rural vacío, al servicio de las necesidades urbanas.

Las iniciativas alimentarias alternativas existentes en el presente son de muy pequeña escala, débiles, aisladas y a menudo precarias —los grupos de consumo, los huertos comunitarios, la compra pública sostenible, los obradores y centros de

¹³ Alejandro Tena, «Jaume Franquesa, antropólogo: Donde hubo 'boom' inmobiliario ahora no hay 'boom' renovable, no es una casualidad», *Público*, 13 de febrero de 2023, disponible en: <https://www.publico.es/sociedad/jaume-franquesa-antropologo-hubo-boom-inmobiliario-no-hay-boom-renovable-no-casualidad.html>

¹⁴ Eduardo Aguilera y Marta G. Rivera-Ferre, *La urgencia de una transición agroecológica en España. Análisis de escenarios, estrategias e impactos ambientales de la transformación del sistema agroalimentario español*, Amigos de la Tierra, 2022.

distribución colectivos. Estas iniciativas son sostenidas con gran esfuerzo por los activistas de las clases medias urbanas y por las precarias redes de agricultores/as de enfoque agroecológico, a menudo neorrurales.

Por su parte, la superficie española certificada en agricultura ecológica alcanzaba 2,63M de hectáreas en 2021, lo que supone un 10,79% de la superficie agraria útil y un 8% de incremento respecto a 2020. En 2021 el gasto en alimentos ecológicos subió un 14,3% entre 2020 y 2021, llegando al 3,4% del gasto alimentario familiar, en un contexto de contracción del gasto alimentario general. El número de explotaciones agrarias certificados en producción ecológica creció entre 2020 y 2021 casi un 17%, hasta llegar a 58.485 —recordemos que entre 2010 y 2020 desaparecieron un 7,6% de las explotaciones agrarias en términos absolutos. Y se estima que la producción ecológica es, en líneas generales, más rentable y genera más empleo por hectárea cultivada.¹⁵ Por todo ello, es la principal alternativa de supervivencia para la agricultura familiar; y es un primer paso en la transición socioecológica y agroecológica hacia la sostenibilidad.

Pero hacen falta cambios mayores. Las potentes dinámicas globales que están transformando el territorio rural y el sistema agroalimentario encuentran pocas resistencias en su avance. Los dogmas de fe neoliberales, como aquellos que igualan digitalización con sostenibilidad, o tecnología con eficiencia, se encarnan con poco esfuerzo en políticas públicas neoliberales altamente destructivas. La alimentación —sana, sostenible, justa, adecuada culturalmente y de calidad— es un derecho y un bien común,¹⁶ pero además de ser reconocida debe ser viable en el mundo que habitamos aquí y ahora. De cara a revertir las dinámicas extractivistas es necesario un salto de escala en las iniciativas agroecológicas. Para ello será necesario redibujar los conceptos de escala y de territorio para una mayor eficiencia de procesos en el sistema alimentario, que a su vez lo desmercantilicen. Nada más y nada menos.

Daniel López-García es investigador en el Instituto de Economía, Geografía y Demografía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

¹⁵ David W. Crowder y John P. Reganold, «Financial competitiveness of organic agriculture on a global scale», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, núm. 112 (24), 2015, pp. 7611-7616.

¹⁶ Olivier De Schutter, *Agroecology and the right to food. United Nations Special Rapporteur on the right to food*, 2011, disponible en: <http://www.srfood.org/en/report-agroecology-and-the-right-to-food>